

CAPITULO XIX.

De la universal veneracion de que fué objeto Francisco de Sales durante su vida y despues de su muerte.

Las grandes virtudes que acabamos de describir, atrajeron á Francisco de Sales la veneracion de todos los pueblos. Francia, Italia, Alemania, Flandes, y todos los estados de Europa estaban acordes en este mismo sentimiento, que cada uno espresaba á su manera. Unos le llamaban un doctor de la Iglesia; otros, un Obispo de los primeros siglos; y todos un santo, un apostol, y un hombre de Dios en el que habitaba el Espíritu divino (1). Cuando iba por las calles y las plazas, no le miraban sino con admiracion como á un angel de Dios; y se consideraba como una gracia digna de envidia el favor de verle, de aproximarse á él y de recibir su bendicion. Muchos á quienes la distancia privaba de esta gracia, le escribian para consultarle como á un oráculo del cielo, y respetaban en su decision la decision misma de Dios. Hasta los mismos protestantes de Ginebra y de otros paises participaban, con respecto á él, del sentimiento universal; y á pesar de las injurias con que intentaron varias veces herirle, nunca pudieron encontrar otra cosa que decir de él sino que era papista, es decir, católico. Habiendo prorumpido un dia un ministro en invectivas contra el clero católico, una señora de su religion le impuso silencio con solo esta palabra: «Señor, mostradme uno de nuestros pastores que sea tan »santo como el Obispo de Ginebra.» (2) «Si no fuera tan »afecto á la Iglesia romana, decia otro ministro, sería un »hombre perfecto.» (3)

(1) Dep. de Francisco Favre.

(2) Juan de San Francisco, p. 508.

(3) Idem, p. 509.

Cuanto mas de cerca se le estudiaba en el pormenor de su vida íntima, mas alta idea se concebía de su santidad. Francisco Favre, su ayuda de cámara, conservaba con veneracion todo lo que habia sido de su uso; sus vestidos usados, su ropa blanca, sus sombreros y su calzado; y como le preguntaran qué quería hacer con ello: «Preveo, con- »testó, que algun dia todas estas cosas serán reliquias, y »por mucho que se economicen, no habrá suficientes para »todos los que querrán tenerlas.» (1) La santa Madre Chantal, que conocia mejor aún el fondo de esta alma angélica, refiere que la tenia en tanta veneracion, que cuando recibia sus cartas no las abria ni leia sino de rodillas, besándolas por respeto, y considerando todo su contenido como inspirado por el espíritu de Dios (2). Habiéndoseme un dia, dice, escapado el calificarle de santo en una de mis »cartas, me reprendió diciéndome que la Iglesia no me »habia dado poder de canonizar á nadie.» «Pero, añade, »todo lo que he conocido de esta alma santa es superior á »lo que puedo decir, y creo que ninguna lengua humana »es capaz de espresar la virtud que Dios habia depositado »en este santo prelado..... Nuestro Señor no habia olvi- »dado nada para la perfeccion de esta alma que su mano »misericordiosa y poderosa se habia formado. ¡Dios mio! »¿me atreveré á decirlo? me parece que este santo Obispo »era una viva imágen de Jesucristo; porque verdadera- »mente la vida de esta alma era toda sobrenatural y divi- »na, y no soy yo la única que piensa así, sino que muchas »personas me han dicho que, cuando veian á este biena- »venturado, les parecia ver á Nuestro Señor sobre la tier- »ra.» San Vicente de Paul hablaba de Francisco de Sales como la Madre Chantal, y Mr. Belley refiere (3) que le dijo un dia en París, que nada le representaba tanto el modo de vivir de Nuestro Señor durante su vida mortal,

(1) Notas de la Madre Greffier, p. 22.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 51.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. I.

como el continente angelical del santo Obispo de Ginebra, y que se podia decir de él, que estaba no solo revestido sino todo lleno de Jesucristo.

Despues de la muerte del santo prelado, el sentimiento de veneracion fue aún mas notable y mas universal. El modesto mausoleo elevado á su memoria en la iglesia de la Visitacion, se trasformó en lugar de peregrinacion á donde la multitud acudia de todas partes, llevando ofrendas de oro y plata, lámparas, corazones, y otros símbolos de veneracion. Los fieles en gran número iban á orar allí; muchos sacerdotes ofrecian el santo sacrificio junto al cuerpo del bienaventurado; y desde la mañana hasta el medio dia el altar estaba constantemente ocupado. Sus cartas, sus libros, sus vestidos, todo lo que habia sido de su uso fue recogido piadosamente como otras tantas reliquias. Su retrato se extendió por todas partes; y el mismo Duque de Saboya quiso tenerlo en su cámara, complaciéndose en saludarlo con un religioso respeto. Hasta los herejes de Ginebra no pudieron menos de rendir tributo á su memoria, habiendo dicho el ministro Tunetin publicamente, «que era preciso confesar que Mr. de Sales »hubiese sido el hombre mas perfecto y completo del mundo, si no hubiera sido tan afecto á la religion romana;» y aun se supo por el Baron de Chateaufieux, que vivia entre los ginebrinos, que estos convenian en que, si su secta les permitiera honrar á algunos como santos, tendrian menos repugnancia en rendir un culto religioso á este hombre, que á los demás de quien se ha hablado desde los apóstoles (1).

En medio de esta veneracion universal, la Francia, á quien Francisco de Sales habia amado tanto, no se quedó atrás: la piedad de sus fieles lo invocó como á santo, y sus Obispos fueron intérpretes del sentimiento general cuando en la asamblea del clero en 1625, dirigieron al Papa Urbano VIII una carta colectiva para pedir la beatifica-

(1) Dep. del Señor de Charmoisy y de Francisco Favre.

cion del siervo de Dios. He aquí el testo literal de esta carta, bello monumento de la piedad del episcopado francés (1).

SANTISIMO PADRE.

I. Despues de besar los pies de vuestra Santidad, tenemos el honor de representarle que ha sido Dios servido, hace algunos años, de llamar á sí al reverendísimo Francisco de Sales, de feliz memoria, Obispo de Ginebra. Vivió entre nosotros, y vimos brillar en él todas las virtudes con una armonía tan perfecta, que arrastraba muchas personas á su imitacion, atrayendo gran número á la verdadera fe, y llenando á todo el mundo de admiracion. Por fin, este generoso atleta, consumido por los trabajos, dejó este lugar de angustias y combates para ir, como tenemos una dulce esperanza, á gozar en el cielo del divino reposo, y á recibir de la mano del justo Juez la corona de gloria.

II. La Francia al perderle, ha manifestado con su sentimiento cuánto le amaba, y manifiesta aún mas por su veneracion la grande opinion que tiene de su santidad. Todos los franceses desean su canonizacion, y nosotros mismos hoy, en calidad de pastores, unimos nuestros ruegos á los deseos de los fieles, y esperamos que nuestra instancia será bien recibida de Vuestra Santidad.

III. Sabemos, Santísimo Padre, que sois el único en la tierra que puede permitir levantar templos en honor de las personas muertas en el Señor, y os suplicamos permitais que recurramos públicamente á la poderosa intercesion de aquel que, durante su vida, nos dió tantos caritativos auxilios.

IV. Al pedir á Vuestra Santidad que se digne proponer á la veneracion del mundo cristiano las virtudes de este

(1) Colección de las actas de las juntas generales del clero de Francia, t. II. Piezas justificativas, p. 133. — Se puede leer el testo en latin; solo damos aquí la traduccion.

grande hombre, no se puede decir que hay temeridad en nuestra demanda ni precipitacion en nuestro culto, porque es nuestro hermano y una gran parte de su vida ha pasado á nuestra vista. Le hemos visto sobresalir en piedad, en dulzura y en santidad; y los pueblos reverenciaban en él estas cualidades eminentes, que le ganaban los corazones, ó mas bien los ganaban para Jesucristo. El sincero testimonio que damos á Vuestra Santidad es un deber que la caridad nos impone, y que no podríamos dejar de cumplir sin sacrilegio ni diferir sin faltar á la piedad.

V. Hemos visto á este venerable Obispo, tan pequeño á sus propios ojos por su humildad como grande por su dignidad á los del universo, unir en su persona una afebilidad encantadora con un raro saber, y una modestia admirable con una elocuencia sublime; bastando verle para sentirse inclinado á la virtud, y oírle para abrasarse enteramente en el divino amor.

VI. Siempre que subia al púlpito para anunciar la palabra de Dios (lo que hacia con mucha frecuencia en diferentes lugares, y sobre todo en París), se veia un concurso de oyentes tan prodigioso, que las mas grandes iglesias no podian contenerlos, quedando la mayor parte tan conmovidos, que se deshacian en lágrimas y detestaban los desórdenes ó la tibieza de su vida pasada, renunciando á ellos sin dilacion. Tal era el efecto ordinario de sus sermones, y por eso estaba en todas partes en tan gran reputacion, que se apresuraban á acudir de los países mas lejanos para oírle, y aun algunas veces tan solo para verle.

VII. Trató siempre duramente á su cuerpo y nunca usó de indulgencia consigo, á pesar de sus continuos sufrimientos; de suerte que, aunque sucumbia á menudo bajo el peso de la fatiga, no interrumpió por eso sus laboriosas ocupaciones; y estaba en el colmo de su alegría, cuando la multitud de sus santas obras no le dejaba un momento de reposo, proporcionándole sin cesar ocasion de hacer una ámplia cosecha de méritos.

VIII. Finalmente, cuando hubo terminado sus dias en Lyon, y la noticia de tan gran pérdida se estendió por toda la Francia, escitó en ella los mas vivos sentimientos tan universalmente, que no hubo persona, por poco sensible que tuviera el corazon á la piedad, que no gimiera, como si hubiera perdido á su propio padre; no porque temiesen por la felicidad del hombre de Dios, al que todos miraban como un bienaventurado, sino porque se veian privados de aquel cuya compasiva y solícita caridad habian experimentado en tantas ocasiones, no pudiendo implorar públicamente su intercesion con Dios, por no haberse obtenido la autorizacion de la Santa Sede.

IX. Esta autorizacion es, Beatísimo Padre, la que todos los pueblos piden con ardor, y principalmente los habitantes de París, que han tenido con tanta frecuencia la dicha de oír sus sermones, de admirar su elocuencia y de experimentar la uncion de sus discursos; y los de la ciudad de Lyon, entre los que se conserva su corazon, tan fresco y tan encendido como si estuviera todavía vivo, sin que se pueda notar en él la menor mancha, la menor arruga ni la menor alteracion, signo venerable de la pureza de alma y de la integridad de costumbres de este grande hombre.

X. Esperamos, Santísimo Padre, que accedereis á los ruegos de nuestra asamblea y á los votos unánimes de nuestros pueblos, no difiriendo el declararle bienaventurado segun el poder de vuestra jurisdiccion, que se estien- de hasta el cielo, para que lo que ha sido hasta hoy objeto de una opinion universal, adquiera por vuestra decision el grado de certeza necesaria para autorizar un culto público.

Dado en París, en la junta general del clero, el martes 19 del mes de agosto de 1625.

Vuestros mas humildes y adictos hijos, los Cardenales de la santa Iglesia Romana; los Arzobispos, Obispos y eclesiásticos que componen la asamblea del clero de Francia.

El clero de Francia no se contentó con esta primera

demanda, sino que reiteró sus solicitudes el 11 de agosto de 1630, el 12 de enero de 1656, el 2 de setiembre de 1660 y el 15 de junio de 1661, como de ello dan fe las diferentes cartas referidas en las actas de sus asambleas generales; pues tanto deseaban la glorificación del santo Obispo.

CAPITULO XX.

Milagros con que Dios reveló al mundo la santidad de Francisco de Sales.

El entusiasmo general que sentían todos los corazones por el Obispo de Ginebra no era solo efecto de sus altas virtudes, sino que lo producían y escitaban más cada día los numerosos milagros, que manifestaban á todo el universo la incontestable santidad del hombre de Dios.

La Madre Chaugy, superiora de la Visitación, interrogada sobre este punto bajo juramento en el proceso de beatificación del santo Obispo, hizo esta notable declaración: «Los milagros, dice (1), que Dios ha obrado por medio de nuestro venerable fundador, tanto en su sepulcro como en otros diversos lugares, son en tan gran número, que he visto, por las relaciones fieles de diversos países, que ha resucitado diez y siete muertos, curado diez y nueve sordo-mudos, dos leprosos, veinte ciegos, ciento dos paralíticos, catorce gotosos, treinta y cuatro atacados de males incurables, cincuenta y dos atacados de úlceras sin esperanza de curación, cincuenta y un cojos, diez y nueve epilépticos, trece hidrópicos y treinta y siete frénéticos. Deben unirse á esto: diez personas libradas de un peligro inminente de naufragio; ochenta y siete mujeres que han dado á luz felizmente después de haberle invocado en un peligro manifiesto de muerte; más de seis mil personas curadas de fiebres pestilenciales, y varias vi-

(1) Proceso de canonización, sec. V, p. 823.

»llas y aldeas preservadas de la peste en el tiempo en que este azote reinaba en Saboya. He tenido en mis manos las relaciones de todos estos milagros, y sé que ha habido además de estos otros muchos, cuya relación no ha sido escrita.»

Entre tantos prodigios, referiremos solo en compendio los siete milagros que menciona la bula de canonización, rogando al lector recuerde que, como lo demuestran las actas del proceso aún existente, cada uno de estos milagros ha sido comprobado por las más severas y minuciosas averiguaciones, con el nombre, el lugar, el tiempo, los testigos y todas las circunstancias de los hechos, los cuales han sido reconocidos de notoriedad pública en la época misma en que han sido alegados solemnemente en prueba de la santidad del siervo de Dios.

El primero de estos milagros fué la resurrección de Jerónimo Genin (1). Este era un niño de quince años, colocado por sus padres en casa del cura de Ollieres para que aprendiera la lengua latina. Disgustado de su maestro, al que encontraba demasiado severo, Genin se escapó una mañana para volver á la casa paterna. Llegado á la orilla del río de Fier, ordinariamente poco considerable y fácil de atravesar sobre tablas echadas de una orilla á otra, pero entonces prodigiosamente crecido y desbordado á consecuencia del derretimiento de las nieves, titubeó algunos instantes antes de intentar un paso tan peligroso. Por fin, puesto de rodillas, hace voto de ir, si lo consigue, á oír una Misa en el sepulcro de Francisco de Sales, y levantándose penetra en el río; pero llegado á su mitad, las ondas que mujen le espantan, se le va la cabeza, cae sobre las tablas que vacilan y de allí al río, gritando por tres veces: «¡Bienaventurado Francisco de Sales, sálvame!» y renovando su voto desaparece envuelto en las olas. Su hermano Francisco, que le acompañaba, corre llorando al pueblo de Asnay, distante un kilómetro, y cuenta á sus

(1) Proceso de canonización, vol. III, p. 367 y sig.

habitantes la horrible desgracia que acaba de suceder. Un hábil nadador acude al punto con toda la poblacion del lugar para buscar el cuerpo del ahogado; le busca en varios lugares del rio, y por fin, á las cuatro y media, es decir ocho horas despues del accidente, encuentra el cadáver que conduce á la orilla. Era cosa horrible de ver aquel cuerpo lleno de agua hasta la garganta, todo lleno de heridas por los golpes de las piedras contra las cuales le habian arrojado las olas, con el rostro negro y lívido y la boca llena de sangre y arena. Se deliberó sobre si se le enterraría en seguida, pero se juzgó conveniente trasladar la ceremonia al dia siguiente, para invitar á ella al cura de Ollieres. Apenas supo el cura la triste noticia acudió al punto, y afligido á la vista del cadáver, que parecia ya en putrefaccion y exhalaba un olor fétido, se puso de rodillas é hizo voto de celebrar, durante nueve dias, la Misa junto al sepulcro de San Francisco de Sales si Dios para gloria de su siervo volvía á este niño á la vida. Ora durante la noche al lado del difunto, que habia sido trasladado á una granja vecina, y al dia siguiente á las once de la mañana va á hacer levantar el cuerpo, cuya proximidad no se podia ya aguantar á causa de su fetidez; pero ¡oh prodigio! mientras se cantaba el salmo de costumbre para la ceremonia, el niño levanta el brazo y esclama: «¡Oh, Bienaventurado Francisco de Sales!» El cura entonces interrumpe su canto, se aproxima, y oye al que habia veintiseis horas que estaba muerto, gritarle con una voz fuerte: *El Bienaventurado Francisco de Sales me ha resucitado*. Le traen al punto sus vestidos, y el muerto se levanta y se manifiesta á todos lleno de vida, aunque quedándole aún los dolores de sus heridas. Va á Annecy á hacer oracion en el sepulcro del santo Obispo, y sus dolores desaparecen en el acto, encontrándose en un estado perfecto de salud, que le permite emprender de nuevo sus estudios, llegando á ser con el tiempo doctor en teología.

El segundo milagro fué la curacion súbita de un ciego

de nacimiento de la parroquia de Arit, en los Bauges, llamado Claudio Marmot (1). Segun el testimonio de tres médicos de Annecy, este ciego no tenia resto alguno de ojo humano, en el lugar de cuyo órgano habia dos pequeñas películas blancas como la nieve, sin ninguna apariencia de pupila. Le llevaron al sepulcro del siervo de Dios, é hicieron en él por su curacion una novena de oraciones. Al noveno dia, en el momento en que se le hacia tocar el lugar de los ojos con el sepulcro, exclamó trasportado de alegría: *¡Dios mio! veo, me parece que estoy en el cielo*, quedando desde este momento, en efecto, completamente curado.

La curacion de Petronila Evraz, de la parroquia de Sallanches, no fué menos notable. Paralítica de nacimiento, tenia las piernas de tal suerte secas que se habian reducido á solo los huesos y la piel, y al mismo tiempo tan débiles, tan flexibles, que se doblaban como se queria, pudiéndoselas poner sobre los hombros, y siendo incapaces absolutamente para sostenerla de pié. Su padre, afligido con una enfermedad que los médicos declaraban incurable, hizo voto de visitar el sepulcro del santo Obispo, de hacer decir allí una Misa y de tener ardiendo un cirio. Fué pues á Annecy, y en el mismo instante en que cumplia su voto, la paralítica, en Sallanches, se levantaba de su cama gritando que estaba enteramente curada, desde cuyo tiempo, en efecto, no esperimentó ya ninguna debilidad en las piernas.

Como la precedente Claudia Julliard, de la parroquia de Mienssy, paralítica de nacimiento (2), no habia podido hasta la edad de diez años sostenerse un solo momento sobre sus pies. Su madre, siguiendo el consejo de una parienta suya, la llevó al sepulcro del siervo de Dios para pedir en él su curacion. Desde el segundo dia de su visita á esta tumba venerada, la niña se levantó de repente so-

(1) Proceso de canonizacion, vol. V, p. 524 y sig.

(2) Idem, vol. IV, p. 13 y sig.

bre sus piernas, que se habian vuelto firmes, siendo la curacion tan completa, que pudo hacer á pié una parte del camino desde Annecy á Mienssy.

Mas célebre aún que todo lo que hemos dicho, fué la resurreccion de Francisca de la Pesse, hija de Francisco de la Pesse, señor de Viallon, consejero del Duque de Saboya.

Esta niña, de edad de nueve años, impulsada por el deseo de ir á cojer flores á las orillas del rio de Thioux, que bañaba el jardin, donde jugaba sola, se había adelantado imprudentemente sobre una tabla mal segura destinada á servir como de puente. A la mitad del rio, engrosado por las nieves, se inclinó para recoger un guante caido á sus pies, perdió el equilibrio y se ahogó. Su madre al oír esta noticia recomienda á su hija al santo Obispo de Ginebra, y le ofrece un corazon de oro si llega á recobrarla. Despues de muchas pesquisas por todo el rio, se llegó á descubrir en el fondo del agua su cadáver tendido en tierra, con el rostro descubierto y las piernas enredadas en las hierbas que habia en el fondo del rio. Sacada de allí por un hábil nadador despues de varias tentativas sin resultado, y de haber permanecido mas de dos horas en un agua helada, los médicos testificaron, hechas varias esperiencias, que no habia en ella ningun rastro de vida, y que estaba verdaderamente muerta. A pesar de esta decision, la piadosa madre no perdió su confianza, y puesta de rodillas oró con toda su alma, repitiendo esta esclamacion llena de fe: «¡Bienaventurado Francisco de Sales, vuélveme mi hija!»

Mientras que oraba así, tres señoras amigas suyas entraron en el cuarto donde estaba el cuerpo de la difunta para volverlo á ver antes de enterrarlo, y con gran sorpresa suya vieron que de repente la niña abre los ojos, junta las manos, se sienta en su cama, y muy admirada de oír á todos gritar «¡milagro!» pide sus vestidos para levantarse, diciendo que habia dormido muy bien. La Madre, informada del prodigio, corre, cae de rodillas, renueva su

voto de ofrecer un corazon de oro al sepulcro del santo Obispo, y al punto las heridas de su rostro, hasta entonces todo hinchado y lívido, desaparecen; la niña recobra su primera hermosura con una frescura de vida y de salud perfecta, que se conservaron tan bien que vivió muchos años, y entró en la orden de la Visitacion, donde fue un modelo de piedad.

Además de los cinco milagros que acabamos de referir, la comision averiguó otros dos del mismo género, á saber, la curacion repentina de dos hombres paralíticos de nacimiento, cuyos detalles llamamos, para no aumentar nuestra obra con la relacion de hechos que no añadirían nada á la edificacion de los lectores.

CAPITULO XXI.

Canonizacion de Francisco de Sales.

Despues de la muerte del Obispo de Ginebra, la Madre Chantal, mejor informada que nadie de la santidad del siervo de Dios, testigo además de los milagros innumerables que se obraban todos los dias en su sepulcro, emprendió provocar informaciones jurídicas sobre la vida y milagros del bienaventurado Juan Francisco de Sales; cediendo facilmente á su ruego comisionó á D. Justo Guerin para este grave negocio, y el 22 de mayo de 1624, este, feliz con una comision que tanto agradaba á su corazon, empezó, auxiliado por varios colaboradores, á proceder á las informaciones, trasladándose con un celo infatigable á todos los lugares que habian sido el teatro de las virtudes y milagros del santo Obispo. Esta averiguacion hizo patentes tantos prodigios de santidad, que se creyó deber dirigirse al Sumo Pontífice para obtener el nombramiento de comisarios apostólicos, que se encargaran de averiguar los milagros. La Madre Chantal, para ilustrar mejor á la Santa Sede sobre la santidad del siervo de Dios, compro-